

D. MANUEL (*aparte*).—¿Por qué permanecer aquí martirizado por la duda y los temores? Voy sin perder instante al encuentro de la luz y la cértidumbre. (*Hace que se va.*)

D. CÉSAR (*vuelve*).—Espera, Manuel; quiero seguirte.

D. MANUEL.—No me sigas, aguarda. Nadie me siga!

D. CÉSAR (*le mira sorprendido*).—¿Qué le ha pasado á mi hermano? Dímelo, madre.

ISABEL.—Lo ignoro; ya no es el mismo á mis ojos.

D. CÉSAR.—Vuelvo, madre mía, porque en el ardor de mi celo, olvidé pedirte una señal para darme á conocer á mi hermana. ¿Cómo encontrar sus huellas sin saber de qué sitio la han robado los corsarios? Nómbrame el convento en que estaba encerrada.

ISABEL.—Es un convento consagrado á santa Cecilia. Se oculta en el bosque que se extiende sobre las laderas del Etna, como para hacerle callado asilo de las almas.

D. CÉSAR.—Ten valor, madre mía! Fía en tus hijos. Yo te traeré á mi hermana, aunque haya de buscarla en todos los mares y en todos los países! Una cosa me aflige sin embargo, madre mía. Dejé á mi desposada bajo extraña protección! Sólo á ti puedo confiar el precioso depósito: voy á presentártela, la verás, y en sus brazos, sobre su tierno corazón, olvidarás tus inquietudes y tus sufrimientos.

ISABEL.—¿Cuándo cesará la antigua maldición que pesa sobre nuestra casa? Pérfido genio burla mis esperanzas, y su envidiosa rabia no se ve nunca satisfecha. Me creía cerca del puerto, confiaba con gran seguridad en las que me parecían firmes prendas de ventura, y calmadas todas las borrascas, veía con alegres ojos la tierra alumbrada por los rayos del sol poniente, cuando se alza una tempestad en el cielo sereno, y me fuerza á luchar nuevamente contra las olas.

(*Retrase al interior del palacio; Diego la sigue.*)



## ACTO III

### ESCENA PRIMERA

La escena representa un jardín

LOS DOS COROS, después BEATRIZ.—El coro de don Manuel avanza con aparato de fiesta, llevando guirnaldas de flores, y el tocado de la novia antes descrito.—El coro de don César quiere impedirle la entrada.

#### 1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO

**B**IEN harás en dejar este lugar.

2.<sup>o</sup> CORO - BOHEMUNDO.—Sí, cuando más poderoso señor lo exija.

1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO.—Deberías comprender que tu presencia es importuna.

2.<sup>o</sup> CORO - BOHEMUNDO.—Ya que eso te disgusta, me quedo.

1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO.—Este es mi puesto. ¿Quién se atreve á detenerme?

2.<sup>o</sup> CORO - BOHEMUNDO.—Yo, que mando aquí.

1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO.—Don Manuel, mi señor, es quien me envía.

2.º CORO - BOHEMUNDO.—Por orden del mío estoy aquí.

1.º CORO - CAYETANO.—El más joven debe ceder al mayorazgo.

2.º CORO - BOHEMUNDO.—El mundo pertenece al primero que lo ocupa.

1.º CORO - CAYETANO.—Oh tú, á quien aborrezco: vé; sal de estos lugares!

2.º CORO - BOHEMUNDO.—Mas no sin haber medido nuestros aceros.

1.º CORO - CAYETANO.—¿He de encontrarte siempre en mi camino?

2.º CORO - BOHEMUNDO.—Donde me plazca puedo desafiarte.

1.º CORO - CAYETANO.—¿Por qué estás aquí escuchando y espiando?

2.º CORO - BOHEMUNDO.—¿Por qué preguntas y ordenas?

1.º CORO - CAYETANO.—No vine aquí á hablarte ni responderte.

2.º CORO - BOHEMUNDO.—Y yo no me digno dirigirte la palabra.

1.º CORO - CAYETANO.—Mancebo, respeta mi edad.

2.º CORO - BOHEMUNDO.—Mi ardimiento es tan probado como el tuyo.

BEATRIZ (*sale precipitadamente*).—¡Infeliz de mí! ¿Qué quieren esos hombres de siniestro aspecto?

1.º CORO - CAYETANO (*al segundo*).—Te desprecio á ti, como desprecio tus orgullosos alardes.

2.º CORO - BOHEMUNDO.—El señor á quien sirvo vale más que el tuyo.

BEATRIZ.—¡Ah, infeliz, infeliz de mí! ¡Si ahora viese!

1.º CORO - CAYETANO.—Mientes: don Manuel le supera en mucho.

2.º CORO - BOHEMUNDO.—Mi amo le lleva ventaja en todos los combates.

BEATRIZ.—Va á venir. Esta es la hora.

1.º CORO - CAYETANO.—Si no fuera mi amor á la paz, me haría justicia.

2.º CORO - BOHEMUNDO.—El temor y no la paz enfrena tu cólera.

BEATRIZ.—¡Oh! ¿por qué no está á mil leguas de aquí?

1.º CORO - CAYETANO.—Temo la ley; mas no tus necias amenazas.

2.º CORO - BOHEMUNDO.—Haces bien: la ley es el recurso del cobarde.

1.º CORO - CAYETANO.—Empieza, pues, y te imitaré.

2.º CORO - BOHEMUNDO.—Desnuda está la espada.

BEATRIZ (*en la mayor ansiedad*).—Van á reñir; brillan los aceros. ¡Oh potencias celestiales! contened sus pasos, ponéos en su camino, imponedle retardos y obstáculos, enredad sus piés para que no llegue en este instante. Ángeles santos á quienes conjuré á que le trajeseis, no escuchéis mi plegaria, llevadle lejos, muy lejos de aquí.

(*Vase en el momento en que los coros llegan á las manos.*  
—Sale don Manuel.)

## ESCENA II

DON MANUEL, EL CORO

D. MANUEL.—¿Qué es lo que estoy viendo? Detenéos.

1.º CORO - CAYETANO, BERENGUER, MANFREDO (*al segundo*).—Avanza! avanza!

2.º CORO - BOHEMUNDO, ROGER, HIPÓLITO.—Mueran! mueran!

D. MANUEL (*se adelanta entre ellos con la espada desnuda*).—Detenéos!

1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO.—El príncipe!

2.<sup>o</sup> CORO - BOHEMUNDO.—Es su hermano. Haya paz!

D. MANUEL.—Sin vida dejo al primero que quiera continuar el combate, ó al que sólo amenace con una mirada á su adversario... ¿Estáis dementes? ¿Qué demonio os impele á reavivar la hoguera de nuestras antiguas discordias, que deben extinguirse para siempre? ¿Quién empezó el combate? Hablad; quiero saberlo.

1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO, BERENGUER.—Estaban aquí...

2.<sup>o</sup> CORO - ROGER, BOHEMUNDO.—Venían...

D. MANUEL (*al primer coro*).—Habla tú.

1.<sup>er</sup> CORO - CAYETANO.—Aquí veníamos, príncipe, trayendo el tocado de la novia, como nos habías ordenado. Dispuestos para una fiesta, como ves, y no para el combate, seguíamos en paz nuestro camino sin pensar en ninguna agresión, fiados en la alianza jurada; mas hemos encontrado á esos hombres acampados aquí como enemigos impidiéndonos con violencia el paso.

D. MANUEL.—¡Insensatos! ¿Por ventura ningún asilo está al abrigo de vuestro ciego furor? ¿Vuestro odio ha de penetrar hasta la silenciosa mansión de la inocencia y ha de turbar la paz que en ella impera? (*Al coro segundo.*) Retírate; secretos existen que no permiten tu estancia en estos sitios. (*Viendo que el coro vacila.*) Retírate; tu señor te lo ordena por mi boca, porque ahora tenemos un alma sola y un solo pensamiento. Mis órdenes son las tuyas. Anda. (*Al primer coro.*) Tú quédate y guarda la entrada.

2.<sup>o</sup> CORO - BOHEMUNDO.—¿Qué hacer? Los príncipes están reconciliados, es cierto.... Entrometerse con ardor en sus violentas querellas sin ser llamado, fué con frecuencia más peligroso que útil; porque cuando los grandes están cansados de combatir, echan sobre el hombre oscuro y confiado que les sirvió las sangrientas apariencias del crimen, y se muestran ellos

inmaculados. Dejémoslos, pues, que busquen entre ellos un pacífico acuerdo. Pienso que es más discreto obedecer.

(*Retírase el segundo coro, y el primero se coloca en el fondo de la escena. En el mismo instante aparece Beatriz y se lanza á los brazos de D. Manuel.*)

### ESCENA III

BEATRIZ, DON MANUEL

BEATRIZ.—¡Eres tú! Por fin vuelvo á verte. ¡Cruel! ¡Cuanto tiempo me has dejado languidecer, entregada al temor y á la angustia! Pero no hablemos más de ello. ¡Te veo otra vez! En tus brazos queridos está mi asilo, mi protección, contra todos los peligros. Ven; están lejos; podemos huir. ¡Ven! no perdamos un instante. (*Quiere llevarle consigo, y añade contemplándole atentamente.*) ¿Pero qué tienes? ¿Por qué esta expresión fría y solemne? ¡Te arrancas de mis brazos, como si quisieses alejarte de mí! No te reconozco. ¿Eres el mismo Manuel, mi esposo, el amado de mi corazón?

D. MANUEL.—¡Beatriz!

BEATRIZ.—¡No, no hables! No es tiempo de discutir. ¡Partamos pronto! Ven; los momentos son preciosos.

D. MANUEL.—Espera. Respóndeme.

BEATRIZ.—¡Partamos! partamos antes que vuelvan esos hombres.

D. MANUEL.—Espera: ningún daño pueden hacernos.

BEATRIZ.—¡Oh! ¡no les conoces! Ven: huyamos.

D. MANUEL.—Si mi brazo te defiende, ¿qué puedes temer?

BEATRIZ.—¡Oh! ¡créeme! nos cercan enemigos poderosos.

D. MANUEL.—Ninguno, amada mía, es más poderoso que yo.

BEATRIZ.—¡Tú, solo, contra tantos!

D. MANUEL.—Yo solo. Esos hombres á quienes temes...



BEATRIZ.—No les conoces, no sabes á quién obedecen.

D. MANUEL.—Me obedecen á mí, yo soy su soberano.

BEATRIZ.—Tú eres... ¡Qué horror!

D. MANUEL.—Cónóceme al fin, Beatriz. Yo no soy lo que parecía, un caballero pobre y desconocido, un amante que no pedía más que tu amor. Te oculté quien era, y mi origen y poder.

BEATRIZ.—¿No eres tú don Manuel? ¡Desdichada! ¿Quién eres?

D. MANUEL.—Don Manuel es mi nombre; pero estoy por encima de los que así se llaman en la ciudad. Yo soy don Manuel, príncipe de Mesina.

BEATRIZ.—¿Don Manuel, el hermano de don César?

D. MANUEL.—Sí, mi hermano es.

BEATRIZ.—¿Tu hermano?

D. MANUEL.—¿Te espanta? ¿conoces á don César? ¿Conoces á algún otro de mi raza?

BEATRIZ.—¿Eres don Manuel, separado de su hermano por odio irreconciliable y perpetua lucha?

D. MANUEL.—Estamos reconciliados. Desde hoy somos hermanos, no tan sólo por el nacimiento, sino también por el corazón.

BEATRIZ.—¿Reconciliados desde hoy?

D. MANUEL.—¡Habla! ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué esta emoción? Tú no podías conocer á mi familia más que por el nombre. ¿No poseo yo todos tus secretos? ¿Nada me has tenido oculto? ¿me lo has dicho todo?

BEATRIZ.—¿En qué piensas? ¿Qué tenía que confesarte?

D. MANUEL.—Nada me has dicho aún de tu madre. ¿Quién es? ¿La conocerías si te la describiese, ó te la mostrase?

BEATRIZ.—¡Tú la conoces, la conoces, y no me lo has dicho!

D. MANUEL.—¡Desdichado de mí y de ti, si es verdad que la conozco!

BEATRIZ.—¡Oh, su aspecto es suave como la luz del sol! La estoy viendo. Despiertan mis recuerdos... su celeste figura parece surgir del fondo de mi alma. Veo los rizos de sus cabellos negros que sombrean el noble contorno de su cuello de marfil y el círculo de su frente inmaculada, y el brillo de sus grandes ojos límpidos. El conmovedor sonido de su voz despierta en mí...

D. MANUEL.—¡Desdichado! ¡es ella, es ella la que estás describiendo!

BEATRIZ.—Y de ella quiero huir. ¡He de abandonarla la mañana misma del día que debía reunirme á ella para siempre! ¡Por ti sacrifico hasta á mi madre!

D. MANUEL.—La princesa de Mesina será tu madre. Voy á llevarte á su presencia. Ella te espera.

BEATRIZ.—¿Qué dices? ¿tu madre es la de don César? ¿Quieres llevarme á ella? ¡Oh! ¡jamás, jamás!

D. MANUEL.—¿Tiemblas? ¿Qué significa este terror?  
¿No es mi madre una extraña para ti?

BEATRIZ.—¡Oh, triste y fatal descubrimiento! ¡Ah!  
¿por qué he visto este día?

D. MANUEL.—¿Por qué semejante angustia, cuando  
encuentras al príncipe en el desconocido?

BEATRIZ.—¡Devuélveme el desconocido! Con él sería  
feliz en una isla desierta.

D. CÉSAR (*dentro*).—Retiraos. ¿Qué multitud es esta  
aquí reunida?

BEATRIZ.—¡Dios santo! ¡esta voz! ¿dónde escon-  
derme?

D. MANUEL.—¿Conoces esa voz? No, no la has oído  
jamás, y no puedes conocerla.

BEATRIZ.—Ven. Huyamos. No nos detengamos.

D. MANUEL.—¿Por qué hemos de huir? Es la voz de  
mi hermano; viene á mi encuentro. Y me sorprende  
que haya descubierto...

BEATRIZ.—Por todos los santos, haz que no te vea.  
No te espongas á sus impetuosos arranques. Que no  
te halle en este lugar.

D. MANUEL.—Alma mía, el temor te perturba. No  
oyes lo que te digo. ¡Estamos reconciliados!

BEATRIZ.—¡Oh cielos! libradme de este instante!

D. MANUEL.—¡Qué presentimiento! ¡Qué idea me  
estremece!... ¿Sería posible?... ¿Esa voz no es nueva  
para ti?... ¡Beatriz! estabas... Tiemblo de interrogar-  
te... ¿Estabas en los funerales de mi padre?

BEATRIZ.—¡Infeliz de mí!

D. MANUEL.—¿Estabas?

BEATRIZ.—¡No te irrites!

D. MANUEL.—¡Desgraciada!

BEATRIZ.—Sí estaba.

D. MANUEL.—¡Horror!

BEATRIZ.—¡Era tan vivo mi deseo! Perdóname! Yo  
te lo confesé; tú me respondiste con lúgubre y frío

ademán y calléme. Mas no sé qué astro malhadado  
me movía con fuerza irresistible; y me fué necesario  
satisfacer el ardiente impulso de mi corazón. El viejo  
criado me prestó su auxilio; te desobedecí, y fuí á los  
funerales.

(*Acércase cariñosa á don Manuel. Don César entra acom-  
pañado de todo el coro.*)

#### ESCENA IV

LOS DOS HERMANOS, LOS DOS COROS, BEATRIZ

EL 2.º CORO - BOHEMUNDO (*á don César*).—No quieres  
creernos... Cree, pues, á tus ojos.

D. CÉSAR (*sale precipitadamente, y retrocede al ver á su  
hermano*).—¡Ilusión infernal! ¿En sus brazos? (*Se acer-  
ca á don Manuel.*) ¡Vibora envenenada! ¿ese es tu  
amor? ¿Así me engañas con una falsa reconciliación?  
¡Oh! mi odio era la voz de Dios. ¡Anda á los infiernos,  
corazón de serpiente! (*Le da de puñaladas.*)

D. MANUEL.—¡Soy muerto! Beatriz!... ¡hermano  
mío!

(*Cae y muere. Beatriz se desploma á su lado y queda in-  
móvil.*)

1.º CORO - CAYETANO.—¡Al asesino! al asesino! Ve-  
nid, á las armas. Sea la sangre vengada con sangre.

(*Todos desenvainan las espadas.*)

2.º CORO - BOHEMUNDO.—¡Regocijémonos! acabada  
está la contienda! Mesina tiene ahora un solo señor.

1.º CORO - CAYETANO, BERENGUER, MANFREDO.—¡Ven-  
ganza! venganza! Caiga el fratricida! caiga para expiar  
su crimen!

2.º CORO - BOHEMUNDO, ROGER, HIPÓLITO.—No temas,  
señor; fieles te seremos en todas ocasiones.

D. CÉSAR.—Retiraos. He dado muerte á mi enemigo,

al que engañaba mi confiado corazón, al que convertía en vil asechanza la amistad fraternal. Terrible y espantosa parece esta acción, mas fué sentencia del cielo.

1.<sup>o</sup> CORO - CAYETANO.—¡Infeliz de ti, Mesina! infeliz de ti! horrible maldad se ha cometido dentro de tus murallas. ¡Infelices de las madres y de los hijos, de los mozos y de los ancianos! Infelices de los que aún han de nacer!

D. CÉSAR.—Tarde llegan las quejas. Socorredla! (Señalando á Beatriz.) Devolvedla á la vida! Alejadla pronto de este lugar de muerte y de terror. No puedo permanecer aquí más tiempo; mi hermana robada me llama en su auxilio... llevadla á los brazos de mi madre, y decidla que su hijo César es quien la envía.

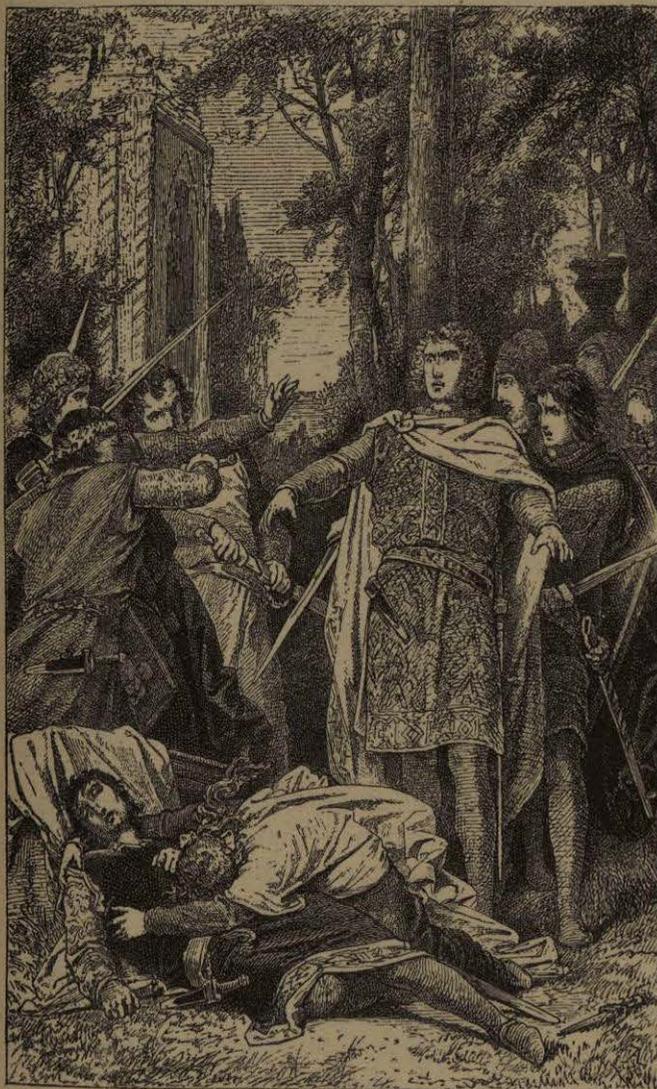
(Vase. Los hombres del coro depositan á Beatriz desmayada en una camilla. El primer coro se queda junto al cadáver de don Manuel. Los niños portadores de los adornos nupciales se colocan en torno suyo.)

## ESCENA V

EL CORO - CAYETANO

No puedo comprender ni adivinar siquiera cómo ha sucedido todo esto con tal rapidez. Mucho tiempo hace que mi espíritu veía avanzar á grandes pasos la imagen espantosa de este crimen terrible; y sin embargo me siento saturado de horror al ver trocados en realidad mis presentimientos. La sangre se me hiela en las venas al contemplar tan tremenda é irremediable realidad.

UN HOMBRE DEL CORO - MANFREDO.—Dejad que resue-  
ne la voz del dolor. Noble mancebo, ahí estás tendido  
sin vida, arrebatado en la flor de la edad, envuelto en



D. MANUEL.—Soy muerto. . . ¡Beatriz!

la noche de la muerte en los umbrales de la cámara nupcial. Mas se alzaré un gemido profundo é infinito sobre el cuerpo del que permanece ahora mudo.

OTRO HOMBRE DEL CORO - CAYETANO.—Venimos, venimos con la pompa de una fiesta á recibir á la novia. Los mozos traen los ricos vestidos, y los presentes de boda. La fiesta está preparada, ahí están los testigos; mas el esposo nada oye ya, y en vano los cantos de júbilo intentarán despertarle, porque el sueño de los muertos es profundo.

TODO EL CORO.—Pesado y profundo es el sueño de los muertos. La voz de la esposa no le despertará. No oirá las alegres tocatas de las trompetas. Yace sobre la tierra, yerto é inmóvil.

UN TERCERO - CAYETANO.—¿Qué son las esperanzas? ¿Qué valen los proyectos del hombre perecedero? Hoy mismo os abrazabais como hermanos, unidos de corazón y de palabra, y este sol que ahora descende alumbraba vuestra unión; y sin embargo ahí estás, tendido en el polvo, privado de la vida por el brazo de tu hermano, abierto el pecho por horrorosa herida! ¿Qué son las esperanzas? ¿qué valen los proyectos fundados sobre el suelo engañoso para el hombre, hijo de la hora fugaz?

EL CORO - BERENGUER.—Quiero llevarte á tu madre. ¡Qué desdichada carga! Derribemos con el hacha homicida ramas de ciprés para hacer unas parihuelas. Jamás producirá nada vivo el árbol que ha dado los frutos de la muerte; jamás crecerá en paz, jamás prestará su sombra al viajero. Lo que ha sido alimentado por el suelo de la muerte, maldecido ha de ser y consagrado á su servicio.

EL PRIMERO - CAYETANO.—¡Ay del asesino! ¡Ay del que obedeció á insensato furor! Derrámase la sangre, y tiñe la tierra. Allá, en abismo sin luz, sin cantos y sin voz, están las hijas de Themis; inflexibles y atentas

recogen esta sangre en sus negras copas, y la agitan, y mezclan con ella la venganza tremenda.

UN SEGUNDO BERENGUER.—Sobre esta tierra alumbrada por el sol se borran fácilmente las huellas del crimen, como se borra en el rostro un ligero movimiento; pero nada se pierde, nada se desvanece de lo que las horas de misterioso curso llevan en su oscuro y fecundo seno. El tiempo es como fértil suelo, es la naturaleza gigante vivo, y todo es fruto, todo es semilla.



UN TERCERO - CAYETANO.—¡Ay del asesino! ¡Ay de aquel que sembró la semilla de muerte! Un aspecto tiene el crimen antes de ser cometido, otro después de cometerse. En la emoción de la venganza, aparece palpitante y osado; mas una vez se ejecutó se convierte en pálido fantasma. Las terribles furias agitaban contra Orestes sus víboras infernales y excitaban al hijo á matar á su madre; así seducían hábilmente su corazón con las apariencias sagradas de la justicia; mas desde el punto en que hirió el seno que le había

llevado y alimentado amorosamente, ved cómo se vuelven crueles contra él; y reconoce entonces á las vírgenes tremendas que se apoderan del asesino sin abandonarle jamás, y le condenan á ser mordido eternamente por las serpientes, que le persiguen sin reposo de una á otra orilla hasta el santuario de Delfos. *(Retirase el coro, llevando el cuerpo de don Manuel en andas.)*

